

minar la noche el horizonte ardía aún por todas partes, y aquellos siniestros resplandores lucharon largo tiempo con los fulgores de la aurora, que iba á alumbrar el último día de Sebastopol.

X

Los planes de ataque no se tuvieron tan secretos que muchos rusos no los adivinasen ó presintiesen. En la tarde del 7 de septiembre, Bosquet reunió en su tienda á los generales del 2.º cuerpo, anunció el próximo asalto y distribuyó á cada cual su tarea: ciertas confianzas necesarias, hechas á los Estados mayores, divulgaron también algo la gran noticia. Así es que el 8 de septiembre, mucho antes de que amaneciera, reinaba extraordinaria animación en los campos. Todo el mundo deseaba la batalla, con la esperanza de vencer y sobre todo por impaciencia de acabar. La alegría, sin embargo, era grave y llena de emoción. La noche que terminaba había sido empleada por muchos en escribir á los que habían dejado en Francia, y á través de la animación afectada para tranquilizar á los deudos, podían distinguirse fácilmente las ternuras de un adiós. Bajo la doble impresión de bélica alegría y de recogimiento viril empezó aquella jornada que para muchos había de ser la postrera.

En los vivaques se activó el desayuno. Al terminar éste, una orden del día del jefe del 2.º cuerpo notificó oficialmente á los soldados el supremo esfuerzo que se esperaba de su valor. A las ocho, las tropas abandonaron sus campamentos y fueron conducidas hacia las trincheras. La división Dulac, apoyada por la brigada de Marolles, había de abordar la Estrella Pequeña; la división La Motterouge había de asaltar la cortina entre la Estrella Pequeña y Malakof; y la división Mac Mahón, sostenida por la brigada Wimpfen, había de tomar la propia Malakof y mantenerse á toda costa en ella. La división de la guardia imperial estaba escalonada de reserva.

A nuestra izquierda, los ingleses estaban también preparados, y ya dos de sus divisiones se disponían á bajar á las paralelas para marchar contra la Estrella Grande á la primera señal.

Por la parte de la ciudad no era menor el despliegue de fuerzas. Allí empezaba á reunirse la división Levaillant, encargada del ataque del baluarte Central; detrás de ella se concentraba la división de Autemare, la cual, una vez tomado este baluarte, se lanzaría detrás de la división Levaillant y envolvería el bastión del Asta. Para reforzar por este lado los efectivos, se había apelado á las tropas sardas, y la brigada Cialdini subía ya las vertientes de la meseta de Quersoneso y se encaminaba hacia nuestros campamentos. La división Bonat formaba reserva á los ataques de la izquierda, como la guardia imperial á los ataques de la derecha.

La toma de armas era, pues, general y, para que nada faltase, se había transmitido al cuerpo de observación la orden de rechazar toda diversión procedente del exterior. Los turcos, los hombres de guardia en Kamiesch, los heridos y los enfermos eran los únicos que no tenían papel en aquella gran jornada. Sin embargo, varios convalecientes se escaparon de la ambulancia y, á pesar de sus fuerzas mal restablecidas, acudieron á su regimiento. Nubes espesas y errantes obscurecían el cielo á inter-

valos, y un viento huracanado soplaba del Noroeste bariendo la meseta de Quersoneso. La mar era tan gruesa que las escuadras tuvieron que permanecer en sus fondeaderos, sin poder abrir su fuego contra las fortificaciones de la rada, conforme al plan general. El contratiempo redundó en ventaja, pues el viento producía tales torbellinos que las nubes de polvo, unidas al humo del bombardeo que continuaba, ocultaron á la vista de los sitiados los insólitos movimientos de nuestras tropas. Los defensores de Sebastopol no se enteraron del peligro hasta que recibieron un aviso del príncipe Gortchakof, que desde lo alto de las colinas situadas en la margen derecha del Tchernaiá había notado la concentración de varias de nuestras divisiones. Después de las espantosas pérdidas de los días anteriores, los rusos no se atrevían á descubrir sus reservas en vista de un ataque que quizá sólo era fingido. Habiéndose desarrollado el cañoneo con igual furia, ya contra la ciudad, ya contra Karabelnaia, acabaron los sitiados por no saber dónde se realizaría el principal esfuerzo. Una circunstancia les acababa de desconcertar. Esperaban que el enemigo daría el asalto, ó bien al amanecer como en 18 de junio, ó bien á la caída de la tarde como el 7 del mismo mes: á nadie le parecía verosímil un ataque en pleno día, y la elección de la hora no fué una de las menores habilidades de los aliados.

Sorprendidos ó no, los rusos, á pesar de las brechas de sus muros y de sus terribles pérdidas, no eran menos temibles. La guarnición había cubierto sus bajas con batallones de marcha ó con legiones de milicias. Además, y no obstante la gran penuria de hombres, habían llegado algunos regimientos del interior del Imperio, último recurso disponible. Contando los artilleros y los marinos, Sebastopol aún poseía unos 48.000 defensores, 23.000 de los cuales, al mando del teniente general Khroulef, constituían la guarnición del arrabal de Karabelnaia. A pesar del gasto de las jornadas anteriores, la artillería disponía de importantes municiones que no tenía necesidad de economizar. Aunque los jefes no se hacían ilusión alguna sobre la suerte de la ciudad, tenían empeño en engrandecer su suprema defensa. Los más furiosos se sentían alentados por la idea de que las explosiones de las minas harían volar á los invasores apenas asaltados los muros y confundirían á rusos y franceses en un mismo fin trágico. «Nuestros funerales se celebrarán en el cielo,» decían los soldados moscovitas. La Providencia, más clemente que los hombres, hizo fallar, en parte al menos, aquellos cálculos del fanatismo. Ya hemos dicho cómo, en la noche del 7 de septiembre, un incendio devoró la pólvora destinada á tan lúgubre empleo. El día 8, cerca ya de las diez, transportaron nueva pólvora á Malakof para cargar los hornillos de las minas; pero la violencia del bombardeo no dejó acabar la operación. Sólo fueron cargadas las minas de la Estrella Pequeña (1).

A las once y media, todos los batallones de ataque ocupaban las trincheras delante de Karabelnaia. Pelissier, rodeado de su Estado mayor, se había instalado en la Colina Verde. En la sexta paralela se hallaba Bosquet, atento á todo é imponiendo en derredor suyo

(1) Todleben, *Défense de Sebastopol*, tomo II, segunda parte, páginas 177 - 180, 186 - 190, 194.



ASALTO DE MALAKOFF POR EL 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1855. Cuadro de León Couturier

su serena energía. Los soldados, enardecidos, con el traje en desorden sin duda para batirse mejor, de antemano enfurecidos por la lucha, pues la duración del sitio había irritado los ánimos, los soldados esperaban con impaciencia la señal. Las agujas del reloj marcan las doce. «¡Adelante!» exclama Bosquet, y en seguida su guión de mando es plantado en la paralela. La orden corre de boca en boca, baten los tambores, suenan las cornetas, y los oficiales, empuñando la espada, conducen á sus tropas fuera de las trincheras.

La guarnición de Malakof se componía entonces de 500 artilleros, algunos milicianos ó zapadores y 1.400 hombres de infantería pertenecientes á los regimientos de Modlin, Praga y Zaamoscia. Después de haber previsto el asalto para el amanecer, habían cesado de esperarlo. Los únicos que no estaban desprevenidos eran los artilleros, que permanecían junto á los cañones, y algunos cazadores distribuidos por las murallas. Todos los demás se hallaban agazapados bajo sus abrigos blindados y acababan de comer. Después de tantas alarmas, descansaban en una especie de quietud relativa y sucumbían sobre todo á ese cansancio que, después de una noche de vigilia ansiosa, embota á menudo, al promediar el día, las fuerzas y el pensamiento. No se movían sino para hacer los honores de ordenanza al comandante del fuerte, general Bessau, que en aquel momento recorría las casamatas distribuyendo cruces de San Jorge á los más dignos de recompensa. De pronto, á las doce en punto, rasga el aire el sonido penetrante de los toques franceses; los zuavos, con sus uniformes de vivos colores, aparecen saltando en el glacis de Malakof. «¡Los franceses! ¡El asalto!» gritan los hombres de guardia. Antes de que los defensores del baluarte hayan podido tomar las armas, los zuavos del primer regimiento se han lanzado sobre la fortificación: pasan el foso; sin esperar las escalas, trepan por la escarpa y se introducen precipitadamente por las cañoneras. Los artilleros rusos saltan sobre los cañones y se defienden con piedras, azadas y escobillones. Mientras tanto, los soldados del regimiento de Modlin salen precipitadamente de sus abrigos y se concentran hacia el frente de la fortaleza. Allí se empeña una de esas luchas cuerpo á cuerpo, tan raras en la historia de las guerras, lucha encarnizada, sin piedad, llena de episodios terribles. Pero los rusos se enredan con sus vestiduras, mientras que los nuestros, más ágiles, escapan á los golpes de sus adversarios, les envuelven, les aprietan y poco á poco van ganando terreno. De minuto en minuto, el número de invasores aumenta: detrás de los zuavos y casi al lado de ellos aparece uno de los batallones del 7.º de línea, compitiendo en valor y energía con las tropas africanas. El general Bessau ha caído mortalmente herido; y casi todos los demás jefes rusos son muertos. Acosados por todas partes, los sitiados reculan, ceden el terraplén, retroceden detrás de los primeros traveses, y la bandera del primer regimiento de zuavos es enarbolada sobre el reducto conquistado. El combate no había durado media hora.

En el mismo intervalo la división Dulac invadía la Estrella Pequeña y llevaba sus cazadores hasta el segundo recinto fortificado, mientras la división La Motterouge tomaba posesión de la Cortina entre la Estrella Pequeña y Malakof.

Desde su punto de observación, el comandante en jefe ha visto el águila francesa plantada sobre Malakof y ha visto también el triunfo (triunfo pasajero) de las divisiones Dulac y La Motterouge. En seguida hace enarbolar sobre la Colina Verde, junto á la bandera tricolor, la bandera de la reina. Es la señal que esperan los ingleses.

A esta señal, se les ve salir de sus trincheras con esa intrépida sangre fría propia de su temperamento. A sus filas de cazadores siguen los portadores de escalas y luego las columnas de asalto formadas por la división ligera y por la 2.ª división. En su ataque, nuestros aliados tienen la doble desventaja de que los rusos están alerta en toda su línea de defensa y de que una distancia de 200 metros les separa de la Estrella Grande. Les acoge un fuego mortífero, y antes de que lleguen á la fortificación, queda el suelo sembrado de uniformes rojos. Sin embargo, avanzan, corren al foso, lo saltan, aplican sus escalas al muro, llegan al borde saliente casi demolido del baluarte y ponen en derrota á los batallones del regimiento de Vladimiro. Pero no pasa de aquí su victoria. Delante de ellos se extiende un vasto espacio vacío y descubierta; al lado opuesto se hallan varios traveses al abrigo de los cuales los rusos rompen el fuego más nutrido y certero. En vano los invasores tratan de llevar más adelante su empresa; en vano se esfuerzan siquiera por conservar el terreno conquistado; después de hora y media de esfuerzos y tentativas inútiles, se repliegan en sus trincheras.

Mientras los ingleses fracasaban en la Estrella Grande, la división Levaillant abordaba cerca de las dos el baluarte Central sin mejor fortuna. La brigada Coustou consiguió en el primer momento apoderarse del reducto Schwartz, á la izquierda del baluarte, y penetrar en el llamado *barranco de la Ciudad*; pero su jefe es herido, el enemigo recibe refuerzos, y la brigada tiene que retroceder hasta las paralelas más avanzadas. A la derecha del baluarte, la brigada Trochu ha invadido la media luna Bielkina y ganado el propio baluarte, pero tampoco puede sostenerse en las posiciones conquistadas. Trochu es herido, y los rusos, volviendo á tomar impetuosamente la ofensiva, arrollan á los desdichados regimientos del general. Una segunda tentativa fracasa como la primera, y el comandante en jefe ordena que no continúen tan sangrientos esfuerzos.

¿A qué obstinarse contra la ciudad cuando por la parte de Karabelnaia se ha empeñado la principal empresa, la que, según el fracaso ó el éxito, debe comprometerlo ó salvarlo todo?

En la Estrella Pequeña la fortuna había hecho expiar terriblemente á nuestras columnas sus primeras victorias. Apenas dueña del baluarte, la división Dulac había sido asediada por el fuego de las baterías de la *Casa en cruz* y de tres buques fondeados en la rada. Los rusos además habían transportado á los puntos más favorables una numerosa artillería de campaña, mientras llegaban importantes reservas por el barranco *Ouchakof*. Abrumados por el número, acribillados por los proyectiles y obligados, en fin, á evacuar el reducto lleno de cadáveres de los suyos, las tropas francesas se habían replegado en sus plazas de armas. Por la parte de la Cortina, la división La Motterouge cedía al esfuerzo del enemigo. Fórmense nuevas columnas con los

restos de la brigada Saint-Pol, ya privada de su general, con la brigada Marolles y con la división de la guardia. Poco después llegan á galope, de la batería Lancaster, dos baterías de artillería que tratan de desconcertar á las columnas enemigas con la intensidad de su fuego y de alejar á los vapores. La Estrella Pequeña es sucesivamente tomada, perdida, vuelta á tomar y abandonada. La efusión de sangre es enorme: el general Marolles cae muerto; los generales Bourbaky, Bisón, Mellinet y Pontevés son heridos, este último mortalmente; en las trincheras hay tantos heridos, que casi es imposible circular por ellas. En esto, el general Bosquet es herido por un casco de granada en el costado derecho y se ve obligado á resignar el mando. Poco después resuena una inmensa detonación por la parte de la Cortina: es un polvorín que ha volado, causando nuevas víctimas: el general La Motterouge figura entre los heridos. Tantos muertos, la pérdida de tantos jefes, lo dificultoso del combate en aquel reducido espacio cubierto de cadáveres y moribundos, hasta el exceso de cansancio, todo hace desistir de un nuevo asalto contra la Estrella Pequeña: la división La Motterouge es la única que se sostiene en parte sobre la muralla.

Eran las tres. A juzgar por el conjunto de los ataques, teníamos que consignar más fracasos que éxitos. Los ingleses habían sido derrotados en la Estrella Grande. El baluarte Central resistía á todos los esfuerzos. Por la parte de Karabelnaia, la Estrella Pequeña, tomada desde luego, se nos acababa de escapar. Y, sin embargo, en torno del general en jefe reinaba más alegría que abatimiento. Las miradas se dirigían obstinadamente hacia Malakof. Conservada esta fortaleza, no sólo eran reparables los otros descabros, sino que en la jornada la ventaja estaba de nuestra parte, pues la ocupación de aquel punto dominante iba á hacer imposible toda resistencia ulterior. Y todos los informes anunciaban que Mac Mahón se sostenía y consolidaba en su conquista.

Sólo Dios sabía á costa de qué prodigios de valor se había sostenido en ella. Hemos dicho de qué modo el terraplén del baluarte había caído en nuestras manos y de qué modo esta victoria había determinado el ataque general. Pero, en el interior de la fortaleza, reforzada, ampliada con tanta solicitud durante los largos meses del sitio, los rusos habían construido una infinidad de traveses cabe los cuales se hallaban establecidos sus blindajes y que formaban otros tantos atrincheramientos fáciles de defender. Ocupada la parte saliente, hubo que conquistar uno tras otro cada uno de aquellos traveses detrás de los cuales se hallaban parapetados los restos del regimiento de Modlin, los batallones de Praga y los de Zamoscia. Afortunadamente, el general Mac Mahón había pedido el concurso de su segunda brigada, mandada por Vinoy, y gracias á este refuerzo, había podido desalojar á sus adversarios de sus posiciones y rechazarlos hacia la gola del reducto.

Allí había empezado una lucha más terrible que todas las de la jornada. Acorralados al extremo de la fortaleza, los rusos habían hecho tentativas heroicas para recuperarla. Mientras Mac Mahón llama á toda prisa á la brigada Wimpfen, á los zuavos de la guardia, en una palabra, á todas sus reservas, los jefes moscovitas se sacrifican unos tras otros para conjurar la irreparable

derrota: éstos son el general Lisenko con algunos restos de los regimientos de Varsovia, Briansk é Yveletz; el general Khroulef, con cuatro batallones del regimiento de Ladoga, y el general Youferof con las mismas tropas del nuevo combate. Lisenko es mortalmente herido, Kroulef recibe una herida grave, y finalmente Youferof muere en la acción. La gola de Malakof cae en poder de los nuestros. Los ingenieros empiezan á ponerla en estado de defensa: la capitulación de la pequeña guarnición de la Torre, aislada en medio de la fortaleza, completa la conquista: un supremo esfuerzo intentado después por el general Martinau con los regimientos de Azof y de Odesa no hace más que patentizar la impotencia de nuestros adversarios para arrancarnos la magnífica presa.

¡Magnífica era, en efecto! Los cadáveres acumulados en torno de la fortaleza probaban la obstinación de los rusos en defenderla ó recuperarla. Aunque nuestro triunfo era seguro, no había cesado el tiroteo. Algunos voluntarios se mostraban aún en derredor de la colina, meditando algún golpe de mano desesperado. Pero casi todos los oficiales habían muerto ó se hallaban heridos en las ambulancias: los demás apenas respondían, no porque permaneciesen insensibles en presencia de tan gran desastre, sino porque después de una batalla tan ruda se había apoderado de ellos un inmenso cansancio, y después de haber hecho todo lo humanamente posible para conjurar el destino, se abandonaban á él pasivamente.

A cosa de las cinco, el príncipe Gortchakof llegó á aquellos parajes llenos de confusión y de duelo. A la primera noticia del asalto había pasado la rada y seguido todas las peripecias de la batalla. Paseó largo tiempo su mirada sobre Karabelnaia como para medir la fuerza defensiva del arrabal; y sobre todo contempló largo rato aquel fuerte de Malakof, antes orgullo de los rusos y ahora perdido. Ni el tiroteo que era aún activo y mató á su lado á uno de sus oficiales, ni la premura del tiempo, pudieron abreviar aquel supremo examen. Considerando en fin la ciudad indefendible en adelante, decidióse á consumir el sacrificio. El momento le pareció favorable, pues las victorias alcanzadas en la Estrella Grande, en la Estrella Pequeña y en el baluarte Central ponían muy en salvo el honor de las armas moscovitas, y, por otra parte, la fatiga extrema de los aliados garantizaba que el resto de la jornada y la noche siguiente se pasarían sin nuevos ataques. El comandante en jefe ruso resolvió, pues, evacuar Sebastopol y hacer pasar todas sus tropas á la margen septentrional. Una vez tomada esta resolución, alejóse rápidamente y se fué á la batería Nicolás para asegurar la inmediata ejecución de sus órdenes.

En su puesto de observación de la Colina Verde, Pelissier había tenido conocimiento de la completa victoria de Mac Mahón, y esta gran ventaja, aunque amonada por el fracaso de los demás asaltos, había llenado todos los corazones de esperanza. Sin embargo, á través de la confusión de aquellos múltiples combates, la victoria final, aunque probable, parecía aún indecisa. ¿Se sostendría Mac Mahón en Malakof? ¿No vendría alguna explosión de minas á trocar el triunfo en catástrofe? Los rusos vencidos ¿no se defenderían detrás de su segundo recinto fortificado, en las calles, en las ca-

sas? A la batalla del 8 de septiembre, ¿no seguiría al día siguiente otra más sangrienta?

Semejantes reflexiones despertaban nuevas inquietudes, cuando, á la caída de la tarde, el Estado mayor francés, con ayuda de catalejos, vió largas columnas de soldados, carros, furgones y toda clase de piezas de artillería que desde la ciudad se dirigían por el gran puente de la rada hacia el Norte, al mismo tiempo que numerosas embarcaciones cargadas de gente abordaban la orilla septentrional y volvían de vacío en busca de otros pasajeros. La obscuridad de la noche, que cerró rápidamente, no permitió ver más; pero era indudable que se asistía á la retirada de los rusos.

Sin embargo, no partían todos. En aquel momento supremo, Gortchakof se acordó de Moscou. Quedaron varios cuerpos de voluntarios, destacamentos de zapadores y marinos, no para combatir á un enemigo victorioso, sino para reducir á escombros la ciudad que ya no podían defender. A la entrada de la noche empezó la obra de devastación. Los cañones y furgones que no podían llevarse fueron sumergidos en la bahía. El resto de la escuadra del mar Negro fué echado á pique. Únicamente se conservaron los vapores, que fueron trasladados á la costa Norte. La explosión de la batería Pablo completó las destrucciones. Terminado todo, fué des-

montado el gran puente de la bahía, y varias embarcaciones transportaron á la orilla septentrional á los ejecutores de tan terribles órdenes: con ellos se fueron los generales que hasta entonces habían permanecido en Sebastopol á fin de asegurar la retirada; uno de estos era el conde Osten-Sacken, gobernador de la ciudad, que se alejó de los últimos, como un capitán que abandona después de todos los demás su navío incendiado.

Las detonaciones de aquella noche terrible habían tenido á los aliados en vela en su campo y triunfado de su inmensa fatiga. Al despuntar el día 9 de septiembre, Sebastopol, ya casi evacuada y desierta, se les apareció como un inmenso montón de humeantes escombros, de los cuales aún se desprendían las llamas de algunos incendios. Franceses é ingleses contemplaron durante mucho tiempo con una mezcla de alegría y de horror aquellas ruinas que atestiguaban á la vez la grandeza de su triunfo y el encarnizamiento de sus enemigos. Al otro lado de la rada, en las alturas del Norte, aparecían los rusos, vencidos, pero amenazadores aún. Y al día siguiente, 10 de septiembre, sobre aquellos humeantes despojos—después de trescientos treinta y dos días de sitio, tres batallas campales y tres asaltos más sangrientos que batallas,—Pelissier, nombrado mariscal de Francia, plantó, en nombre del emperador, la bandera de su país.